

CAPÍTULO 7

La casa seca: un aporte a la memoria solidaria

Juan Franco Marturet y Lucía Schwartzman

Introducción

La *casa seca* es una casa de familia del barrio de plaza Malvinas que, por altitud o por azar, se mantuvo a salvo de la inundación que produjo grandes daños allí y en gran parte de la ciudad de La Plata durante el 2 y el 3 de abril de 2013, y por ese motivo sirvió de refugio a muchos vecinos cuyas casas se inundaron, y a transeúntes acorralados por el agua.

Llegamos a conocer esta historia por la amistad de Franco con Víctor, uno de los habitantes de la casa seca, por lo que antes de iniciar la investigación Franco ya esbozaba una idea de los sucesos que habían tenido como escenario la casa de Víctor y sus padres, Julio y Ángela. Nos resultó de particular interés dado que entendimos, a partir de este primer relato sobre el caso, que ponía de manifiesto a un grupo de personas que, ante la incertidumbre causada por un acontecimiento caótico y disruptivo como la inundación, afrontaron la situación estableciendo redes de solidaridad espontáneas que se condensaron en el espacio de la casa seca. Nos llamó la atención una casa que, aunque no fue alcanzada por el nivel del agua, se llenó del agua de todas las personas a las que dio refugio.

De este modo, partiendo de la base de que la inundación del 2 de abril de 2013 trastocó las relaciones sociales y los modos de percibir la ciudad, nos preguntamos por los modos en que se construye la memoria, qué discontinuidades y continuidades existirían en las representaciones sobre la vida urbana y barrial durante una inundación y cómo se expresarían en el discurso de sus protagonistas. En relación a la casa seca, buscamos indagar los sentidos y las representaciones que los miembros de esa familia otorgaron a las acciones de cooperación y ayuda que protagonizaron en su vivienda e intermediaciones de la misma, durante la situación de emergencia dada por la inundación, y nos interesamos por comprender las motivaciones que les llevaron a actuar de esa manera; identificando las actividades y los roles que pusieron en juego tanto individual como colectivamente.

Para eso, optamos por una aproximación etnográfica, basada principalmente en entrevistas que complementamos con notas de campo. En la primera entrada al campo, que tuvo lugar el 24 de agosto de 2014, tuvimos una entrevista no estructurada con Julio en su casa del barrio de plaza Malvinas. Ángela y Víctor estaban de viaje. Como Julio tiene una incapacidad física en el

habla, no pudimos grabar la entrevista y en su lugar decidimos tomar notas. En la segunda entrada al campo, dos meses después, nos encontramos con que Ángela había regresado y pudimos concretar una nueva entrevista, esta vez semi-estructurada, con ella y con Julio, que grabamos y complementamos con anotaciones.

La casa seca

En las entrevistas, Julio y Ángela nos describieron la escena del 2 y el 3 de abril de 2013 en su casa de barrio Malvinas. Nos detallaron el curso de los acontecimientos, sus decisiones y sus acciones; nos compartieron sus sentimientos, pensamientos y miedos. En los relatos, encontramos puntos reveladores de los sentidos que le otorgaron a la inundación e identificamos, además, representaciones trastocadas por la vivencia de este acontecimiento. Especialmente, estas giraron en torno a referencias urbanas (calle 19, plaza Malvinas, apreciaciones sobre la ciudad y el urbanismo); las imágenes del día después; las percepciones acerca de la inundación; la cuestión de abrir la casa y ayudar al otro. En un plano más analítico, la capacidad de agencia de los protagonistas aparece como estructuradora del relato: los actores, en medio del acontecimiento, eran conscientes de su capacidad de acción, aun teniendo en cuenta sus limitaciones físicas corporales, mentales y las externas al cuerpo, impuestas por la situación en la que estaban inmersos.

Atender las visitas

La tarde del 2 de abril, cuando empezó la lluvia, Ángela estaba en casa, Julio volvía de buscar a su primo y la esposa, a quienes se les había roto el auto, y al rato llegó Víctor con un amigo. A medida que el agua fue subiendo, se empezaron a juntar transeúntes en la esquina de su casa, el único lugar en la cuadra con menos de quince centímetros de agua. A muchos los hicieron pasar. Mientras pudo, Julio juntó con la camioneta a la gente que andaba errante por el barrio en medio de la tormenta. Por iniciativa de Víctor, él y Ángela, cubiertos con pilotos de lluvia, salieron por el barrio a buscar gente. En la calle se había formado una correntada -“un río”, según Ángela-, y a pesar de eso llevaron adelante rescates con sogas y cadenas humanas para sacar vecinos de sus casas, donde el agua había alcanzado el metro y medio, y ayudar a familias encerradas en autos que la corriente empezaba a llevarse. Víctor las llevaba adentro y Ángela les daba ropa seca y algo caliente para tomar.

Según Julio, pasaron por su casa más de treinta personas. Unas quince se refugiaron y cerca de diez pasaron la noche. Él las recibió como un anfitrión, “atendí a las visitas”. Además del primo de Julio y su esposa, y de uno o dos vecinos, toda la gente que se refugió en la casa seca eran completos desconocidos, pero, a pesar de eso, “había confianza”. En las semanas siguientes a

la inundación, varias de estas personas volvieron a la casa seca a dejar regalos en agradecimiento. “La gente que estuvo acá sentía que había nacido de nuevo”, nos dijo Julio.

Cuando se terminó el mate y afuera el agua se había estabilizado, Víctor preparó un guiso de arroz con lo que había y le sirvió un plato a cada uno. La puerta de la casa estaba abierta y había una vela sobre la mesa. Ya eran las dos de la mañana.

No tenía sentido lo que estaba viendo

En los relatos de los miembros de la casa seca, aparece la avenida 19 como un límite espacial durante la inundación. “19 era imposible”, decía Ángela, que experimentó la limitación opuesta por el agua al intentar cruzar la calle a la pizzería en la que trabajaba, que se destruyó por la inundación. Por la avenida se veían “autos en el medio de la calle y arriba de la rambla”. La 19 aparecía también en los dichos de Julio: “el agua estaba corriendo para un lado poco común”, decía y nos explicó que en condiciones normales solía escurrir hacia la calle 20, pero esa noche “no tenía sentido lo que estaba viendo”. Julio lo atribuía a que los desagües bajo la avenida estaban tapados y no funcionaban. En medio del temporal, intentó salir de la zona para llevar a algunas personas con la camioneta, pero se vio limitado por la corriente en las calles 19, 35, 48 y 21. Más tarde, contó Ángela, con la luz cortada, la oscuridad de la noche impedía ver qué pasaba en la vereda de enfrente de su misma calle.

Millones de flores

Un hito del barrio fuertemente atravesado por la inundación fue la plaza Malvinas. Ubicada entre las calles 19, 20, 50 y 54, la plaza es un antiguo regimiento del que partieron cientos de jóvenes a la Guerra de Malvinas, en honor a quienes se conservó un edificio y un portón con placas conmemorativas. Ángela nos contó que cada 2 de abril iba a la plaza, que queda a pocas cuadras de su casa, y llevaba una flor al portón “para los chicos de Malvinas”. La inundación del 2 de abril de 2013 se superpuso a la conmemoración de los caídos en las islas. En ese entonces, le habían dicho que la situación en la plaza era “de terror” y no se animó a ir. Al año siguiente tampoco. “Voy todos los años a la plaza y no pude ir, porque sabía que iba a haber algo que me iba a marcar más todavía. No pude ir a poner una flor, porque no tendría que haber llevado una flor, tendría que haber llevado millones de flores, y no, no pude”. En las palabras de Ángela aparecía la importancia que tenía para ella la plaza como punto neurálgico del barrio y como espacio significativo donde se enraíza la memoria histórica. A la vez, evidenciaban un cambio profundo en la territorialización emocional (Morris en Segura, 2010) a partir de la inundación: a la memoria de los caídos en Malvinas se añadieron los incontables, inabarcables muertos de la inundación, las “millones de flores” que Ángela no pudo llevar.

Como Sarajevo o una mudanza a la calle

Julio y Ángela coincidieron en que les costó dimensionar lo que había sucedido. Para Julio, el haber pasado la noche en su casa, sin muchos más problemas que algunas goteras, eclipsó, al principio, la dimensión del acontecimiento: él la pasó “no te digo bien, pero tranquilo”. El 3 de abril de 2013, cuando la lluvia había parado y las personas alojadas en la casa seca empezaron a volver a sus hogares, Julio y Ángela hicieron pequeñas salidas a pie por el barrio y recorridos por la ciudad con la camioneta. Para Ángela, el barrio al día siguiente era “como Sarajevo”, un escenario de guerra, “una mudanza a la calle”, donde los vecinos sacaban sus pertenencias a la vereda para que se secaran al sol, exponiendo su intimidad, sus vidas y sus pérdidas. “Era de terror la ciudad (...) lo único que nos alegramos es de poder ayudar pero era feo, muy feo”. Para Julio, 38 y 19 era un “carnaval de gente con el agua por las rodillas”. Fue ese andar por la ciudad, cuando vieron otras zonas también muy afectadas por lo sucedido y escucharon lo que contaba la gente, cuando Julio y Ángela empezaron a entender los alcances de la inundación.

Como es abajo no es arriba

En los dichos de Ángela y Julio se entrelazaron la responsabilidad de los funcionarios municipales, provinciales y nacionales ante la catástrofe y lo impredecible de la naturaleza. Para Ángela la inundación tuvo mucho que ver con la explosión inmobiliaria desmedida: “el que hizo esta ciudad la hizo y la diseñó para que fuera una ciudad chata, plana, con calles, diagonales, plazas cada seis cuadras, pero no para que ahora haya en cada cuadra tres o cuatro edificios, porque abajo la ciudad sigue siendo la misma, arriba cambió, pero abajo sigue siendo la misma”. En estos dichos, aparecieron pautas de lo que para ella son marcas distintivas de la ciudad, junto con una dicotomía entre arriba y abajo, lo que se ve y lo que no se ve, con tintes de crítica al gobierno muy fuertes: “por abajo nadie ve nada, y se sigue adornando lo que se ve, pero lo que no se ve, eso no lo arregla nadie”. Julio atribuyó, al menos en parte, el hecho de que su casa no se había inundado al tipo de construcción. Habló de la suerte de las casas antiguas que tienen un escalón, como la suya, “están un poco más arriba [porque antes] se construía con previsión”. Para él, el impacto de la actividad humana sobre el planeta produciría circunstancias de fuerza mayor a las que hay que atenerse: “cuando la naturaleza se embronca, bancatelá”.

La inundación impactó también sobre los sentidos asociados a las lluvias y tormentas, ahora percibidos como eventos amenazantes. Esto se evidenció en el testimonio de Ángela: “Ayer, cuando se puso a llover así yo dije bueno, ya estamos, otra vez lo mismo (...). Miré por la ventana y vi que corría el agua por la calle, y vi que corría mal y dije bueno. Eran las tres de la mañana y estaban Julio y Oscar [su otro hijo], los tres estábamos levantados, porque era tan fuerte la lluvia que decíamos bueno, ya estamos. No sé si nos volverá a pasar a nosotros, pero a los demás sí, se va a volver a repetir”.

Bronca

Julio expresó que más que bronca sentía miedo, “porque bronca puede sentir el que realmente sufrió” y remarcaba que algo que le enseñó la inundación es a “ser más solidario, porque vi lo que sufrieron otros que yo no sufrí”. La apreciación de Ángela fue diferente. Resultó muy claro el impacto que tuvo para ella el evento del 2 de abril al decir: “Me cuesta mucho recordar”. Ángela no dudó de que la inundación marcó un antes y un después en su vida, y dijo sentir miedo porque se pueda repetir. Cuando le preguntamos qué le pasaba al pensar en la inundación, los ojos se le llenaron de lágrimas y la voz se le quebró. Dijo sentir bronca “porque nadie hizo nada, los que deberían haber hecho no hicieron nada. La gente que se murió, se murió (...) por falta de ayuda”. En cuanto a las responsabilidades del gobierno y el Estado, nos decía que “no apareció, no aparecieron bomberos, nada”. Relató que “hasta el otro día hasta las 7, 8 de la mañana no se vio Defensa Civil, Policía, Bomberos, nada”. En sus dichos, Julio, también criticó la desidia estatal, cuestionó la manera en que el gobierno blindó el acceso a la información sobre las víctimas fatales. “Yo no vi la lista, ¿vos viste la lista? ¿Alguien vio la lista?”, decía sobre la nómina de fallecidos.

La casa seca y la puerta abierta

Una imagen de la casa que estuvo presente en los relatos y en nuestras idas al campo fue la “puerta abierta”. Julio y Ángela acostumbraban a tener la puerta abierta de par en par, para que entrara la brisa de la calle, o cerrada y sin llave. La noche de la inundación, según Julio, la puerta abierta “daba confianza”. La gente veía la casa como una “casa que vende salvavidas” e invitaba a las personas a entrar.

Y no eran los únicos del barrio con esta costumbre. Uno de los vecinos rescatados por Víctor, un adulto mayor que vivía solo en su casa, tenía la puerta sin llave y por esa razón fue que pudieron salvarlo. Ángela nos contó que, en una de las excursiones por el barrio en medio del temporal, Víctor y dos chicos del barrio fueron a buscarlo, “le gritaban y el viejito les contestó y por ahí entraron y el agua... el viejito estaba flotando en el colchón arriba... arriba del colchón. Porque el agua tenía el colchón levantado... y flotaba arriba del colchón. Así que lo desnudaron porque estaba hecho sopa, abrieron el placard, lo envolvieron en un toallón, a upa lo sacaron y lo trajeron a casa”.

La puerta abierta era un símbolo que hablaba del barrio como un ámbito de confianza, un espacio seguro.

Agencia: eso que te nace

La capacidad de agencia de los protagonistas fue estructuradora de los relatos, tanto de Ángela como de Julio. En varias ocasiones mencionaron cómo sus acciones se relacionaron a su

sentir, a su experiencia corporal, a sentirse capaces de actuar. Ángela contó que le decían que estaba loca por ir a 48 y 19 si era “una pileta”, pero ella no tenía miedo, el miedo lo sintió después.

En relación a los motivos de sus actos, Ángela nos decía: “creo que nos nació de hacer eso, otra cosa no nos quedaba por hacer. Si nosotros gracias a dios no teníamos agua adentro de la casa, teníamos el piso seco, y veíamos la desesperación de la gente y te nace, ni lo pensás”. Dijo que no se despegaba de lo que le pasaba a otras personas: al ver a alguien con el “agua hasta el pecho”, que se podía ahogar, sentía que tenía que hacer algo para ayudarla. Julio fue más tajante y expresó que “si vos ayudás es porque tenés ganas, ayudás y punto”.

En los relatos de Ángela y Julio, además, cobró valor el rol de Víctor como impulsor: ambos le atribuyeron la iniciativa de salir a golpear las puertas de los vecinos para ver si estaban bien o precisaban ayuda, rescatar personas usando las sogas y los paraguas, cocinar para todos con lo que había en la casa, señalizar el tránsito para que no pasaran los autos. Ángela contaba “me llevó Víctor (...), llovía fuerte, me puso una capa de esas que ellos usan cuando viajan y salimos a buscar gente”. Julio nos dijo que su hijo “arrastraba a todos” a participar, y agregó: “Sin Víctor esta puerta estaba cerrada, era una puerta cerrada, y yo me quedo sentado esperando que pase la tormenta”. Así, Ángela y Julio reconocieron en Víctor una fuerza que los motivó a llevar adelante todas las acciones en la casa seca y en las inmediaciones durante la inundación.

Por último, la ausencia del Estado en todos sus niveles puso de manifiesto el protagonismo de Víctor, Ángela y Julio ante los acontecimientos. Ellos podían hacer algo: llevar a las personas a su casa, secarlas, contenerlas, darles de comer, salvarles la vida.

Conclusión

“Lo que se arriesga es tanto que, desde el punto de vista utilitario, es irracional que los hombres se lancen a ‘semejante juego’”, dice Clifford Geertz (1992:355) al respecto del concepto de *juego profundo* de Bentham, para referirse a las riñas de gallos en Bali. Aunque en la casa seca lo que está en juego son asuntos radicalmente diferentes a los del contexto original de la cita, nos parece atinada para hablar de este caso. Los habitantes de la casa seca, en medio de la inundación, pusieron en juego todo lo que tenían -casa, comida, ropa, medio de transporte, su valentía, su salud, sus vidas mismas- para ayudar a las personas a su alrededor, fueran conocidas o no. La significación de esta acción no puede entenderse en términos utilitarios. Por el contrario, evidencia un sentido profundo de solidaridad que se pone de manifiesto con la irrupción del acontecimiento: cuando Ángela dice “lo único que nos alegramos es de poder ayudar”, de algún modo está diciendo: ante el sinsentido, lo único que podría reconstituirlo fue el sentido de ayudar a otros.

La sinergia de trastocar las estructuras sociales, la ausencia del estado y la incertidumbre frente al acontecimiento creó el espacio necesario para que los agentes produjeran nuevas prácticas en condiciones objetivas radicalmente diferentes a las cotidianas. La puerta abierta de la casa seca, la preocupación de sus habitantes por los vecinos y transeúntes a la buena del temporal, la disposición de Julio para salir con la camioneta para intentar llevar a los refugiados a

sus casas, el ímpetu de Víctor al buscar gente con el agua al pecho, la convicción de Ángela en acompañarlo y en brindar todo lo que había en su hogar, el conocimiento del barrio, la avenida 19, la plaza Malvinas, las pendientes de las calles... Elementos entrettejidos en relatos en que la ciudad, la casa y el barrio son espacios donde se enraízan la acción, la historia y los afectos.

Esa casa de barrio Malvinas que el 2 y el 3 de abril de 2013, por altitud o por azar, se mantuvo a salvo del agua, se humedeció, sin dudarlo, de la presencia de todos aquellos que cobijó. La casa seca es una de las tantas maneras en que la solidaridad del pueblo se hizo presente en medio de uno de los acontecimientos que más ha marcado la historia de la ciudad de La Plata. Del diálogo y la escucha activa con sus habitantes, nos llevamos una experiencia de trabajo, ardua y desafiante, sí, pero que nos enriqueció como investigadores sociales y, sobre todo, como personas que se sumergen en la vida de otras para construir juntas un aporte a la memoria solidaria.

Referencias

Geertz, C. (1992). *La interpretación de las culturas*. Gedisa.

Segura, R. (2010). *Representar. Habitar. Transitar. Una antropología de la experiencia urbana en la ciudad de La Plata*. Tesis doctoral, Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) - Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). https://repositorio.ungs.edu.ar/bitstream/handle/UNGS/452/Tesis_Segura.pdf?sequence=1